

RECORDANDO A JUSTINIANO Y TEODORA

Una trama digna de una novela o de una película, como para repetir el cliché de que la realidad supera a la ficción: un verdadero *self made man* que llega a ceñir la corona imperial, una emperatriz de oscuro pasado, sueños de grandeza y de poder, guerras épicas y majestuosas construcciones, conspiraciones y sangrientas revueltas... Los personajes principales: Justiniano y Teodora, tal vez la pareja de gobernantes más famosa de la historia.

Justiniano (c.482-565), cuya genealogía se remonta a una familia de humildes pastores de Tracia, sucedió a su tío Justino (518-527) como emperador de Bizancio el año 527, cuando contaba ya con 45 años, y gobernó por otros 38 —algo digno de destacar en una época en que la esperanza de vida al nacer se situaba en un promedio de unos treinta años—. Se recuerda la época de Justiniano fundamentalmente por cuatro cosas: su legado jurídico, la reconquista del Mediterráneo, su labor edilicia y, naturalmente, su esposa.

El pasado de Teodora lo conocemos a través de la *Historia Secreta* de Procopio de Cesárea, una obra mal intencionada y escrita por un historiador muy competente pero resentido. Mientras Procopio circulaba por la corte imperial y escribía la historia oficial del Imperio, en privado pintaba un cuadro realista y descarnado de la pareja imperial. Siglos después, cuando se descubrió la *Historia Secreta* los eruditos dudaron incluso de que la hubiera escrito el mismísimo Procopio, tan serio en su apología de Justiniano. Es, pues, este autor griego quien dejó registrado para la posteridad el turbulento pasado de desnudista y prostituta de Teodora, de quien, dice el escritor, “las personas respetables que se encontraban con ella en el ágora, la evitaban y se marchaban presurosos”. De esta mujer se enamoró perdidamente Justiniano y, contrariando a su círculo familiar, la hizo primero su amante y luego su esposa. A pesar del lapidario testimonio de Procopio, hay que reconocer que una vez convertida en emperatriz, Teodora llevó una vida irreprochable, llegando a ser una consejera leal de su marido y un verdadero pilar del imperio. Los hechos se encargaron de demostrarlo el año 532 durante la rebelión de *Nika* (“Victoria”, que era el grito de los amotinados), que dejó buena parte de la ciudad en ruinas. El propio Justiniano, temeroso e indeciso, pensando incluso en huir, no sabía qué hacer y sólo reaccionó ante la decidida voz de su esposa quien, con serenidad y firmeza pronunció un discurso que la enaltece: “Si la

fuga fuese el único medio de nuestra salvación, preferiría encontrarla indigna de nosotros. El hombre ha nacido para morir, y quien reina jamás debe huir... Si queréis, oh, emperador, salvaros, nada resulta más fácil; poseemos mucho dinero, allí está el mar y allí los barcos, pero pensad también que acaso podáis salvaros si pensáis que la muerte es preferible a tal clase de salvación... en cuanto a mí, confío en el antiguo refrán que dice que la púrpura es una buena mortaja”.

Justiniano es además conocido por su tarea legislativa, clave para la eficaz administración de su vasto imperio. Heredero convencido de las antiguas tradiciones imperiales, encargó a una comisión —en ese entonces ya las había...— el estudio, clasificación y edición de las leyes romanas, lo que por comodidad llamamos el *Código de Justiniano* o *Corpus Iuris Civilis*, obra fundamental hasta el día de hoy para el estudio del Derecho. Así, Justiniano rescató el valioso y voluminoso legado jurídico romano y, después de ser atesorado cuidadosamente por el Imperio Bizantino (deberíamos decir “Romano”, que eso fue), es redescubierto por el mundo occidental durante la Baja Edad Media.

Lo que le valió al emperador el apelativo de “el grande” fue el más ambicioso de sus proyectos, y que expresa eficazmente su aspiración a una monarquía universal romana. Nos referimos a la Reconquista, empresa histórica en la que el emperador empeñó todos los recursos del imperio, buscando restaurar la grandeza romana. Y en parte lo logró. Grandes campañas militares le reportaron resonantes victorias en África y en Italia, poniendo fin a los reinos vándalo y ostrogodo respectivamente; también el levante y sur ibéricos pasaron a manos bizantinas, aunque no se puso fin al reino visigodo, que debió soportar la invasión imperial. El Mar Mediterráneo volvía a ser el *Mare Nostrum*, un lago romano surcado por la victoriosas naves imperiales. Sin embargo, el éxito fue efímero y lo que parecía una tarea épica coronada por el éxito, a la larga fue un rotundo fracaso. El esfuerzo fue tan grande que terminó por minar las fuerzas del imperio y favorecer a otros enemigos, como persas y eslavos. Los sucesores de Justiniano no pudieron continuar la expansión y apenas pudieron mantener su pesada herencia para finalmente comenzar a replegarse abandonando Italia a los lombardos y África a sus nuevos y más temibles enemigos: los musulmanes. A mediados del siglo VII ya nada queda de la Reconquista y el imperio se hunde en una

profunda crisis. El sueño del ecumenismo romano ha terminado, junto con el mundo antiguo.

Pero el legado artístico de Justiniano es más duradero, y aún hoy podemos contemplar admirados los magníficos frutos de su labor edilicia en Ravenna o en Constantinopla. Fue bajo sus auspicios que se construyó la iglesia más grande, hasta entonces, de la cristiandad: la catedral de *Hagia Sophia* o santa Sofía, dedicada a la Santa Sabiduría que debe iluminar al Imperio, y que hoy sigue en pie desafiando el paso de los siglos, testimonio inigualable del espíritu bizantino, verdadera joya arquitectónica y artística, decorada con hermosos mosaicos —todos posteriores al siglo VIII, eso sí— que aún conmueven interiormente a quien los contempla, y coronada con una majestuosa cúpula de treinta metros de diámetro que, al decir de los contemporáneos, parece estar suspendida en el aire. Los enviados del príncipe Vladimir de Kiev, en el año 988, nos legaron la siguiente impresión de la *megalé eklesia* (gran iglesia): “Los griegos nos condujeron a sus edificios donde honran a Dios, y no sabíamos si nos encontrábamos en el cielo o en la tierra, ya que en la tierra no hay tanto esplendor ni belleza y no sabemos cómo describirlo. Sólo sabemos que Dios habita allí entre los hombres y que su culto es más bello que las ceremonias de otras naciones. Nos será imposible olvidar tanta belleza”. A un costado de Santa Sofía, se erigió la iglesia de *Hagia Eirene*, santa Irene, dedicada a la Santa Paz del Imperio; Santa Irene es a Bizancio, lo que el *Ara Pacis* a la antigua Roma. Y en Ravenna, desde hace ya casi quince siglos, están Justiniano y Teodora, uno frente al otro, hieráticos y poderosos, representados en dos impresionantes mosaicos como piadosos emperadores que en procesión avanzan con las ofrendas litúrgicas. Juntos para siempre, aunque sabemos que la emperatriz padeció una dolorosa enfermedad que la llevó a la tumba diecisiete años antes que Justiniano, “quien lloró amargamente —nos dice Fotios Malleros, fundador de los estudios bizantinos en Chile— la pérdida de la mujer que en vida había adorado, y de la consejera y colaboradora cuya ausencia consideraba irreparable. Desde entonces la vida del emperador se tornó más ascética aún y triste, recordando siempre con emoción durante los 17 años de viudez que siguieron, la muerte de su compañera inolvidable. Aquella que a pesar de sus debilidades, de sus caprichos, sus vanaglorias, que muchas veces desbordaban en odios y crueles venganzas, la niña que nació y creció en un ambiente de pobreza y corrupción, la despreciada mujer pública, la amante aventurera, la pecadora

arrepentida, que conoció la vida en todos sus aspectos, la mujer aquella cuya memoria acompañó a Justiniano hasta su muerte, fue con todo su esposa fiel, su amiga más leal, su más valiente, sincera y decidida defensora en los momentos más cruciales de su largo reinado”.

José Marín R.